

semejantes, y señaladamente de los franceses sus compatriotas, amado de los pobres, venerado de los grandes, admirado hasta de los incrédulos y colmado de elogios por la posteridad, merecía ciertamente que todo el mundo, y en particular los franceses, se interesasen en su canonización. Pero Vicente de Paul, firmemente adicto á las primeras decisiones de la Iglesia contra el error naciente en sus días, y predicador celoso de la obediencia debida á la santa Sede, habia contraído para con los jansenistas una mancha que ningun respeto podia borrar. Así es que en los escritos del partido jamás llamaron al Santo sino Mr. Vicente, y se guardan bien de canonizar á un hombre que se declaró altamente contra los principios de la secta. Y á la manera que atentaron contra el culto del gran Pontífice San Gregorio VII, trataron de impedir que llegase á tenerlo el glorioso fundador de las misiones. Los curas de París que se habian declarado por los milagros del abate París, reclamaron contra la bula de Clemente XII tan luego como se publicó en Francia, y diez abogados apoyaron su reclamación con una consulta, en que aseguraban que *los defectos de este juicio autorizaban á los curas á oponerse al registro de todas las letras patentes que podrian sorprenderse en favor de esta bula, lo que no impediria que en un tiempo mas oportuno pasasen á la apelación como de abuso*. No pudo Roma ver pacíficamente un atentado tan impío. El Pontífice con todo el rigor y fuerza de su autoridad reprobó y condenó la consulta de los abogados, declarándola *temeraria, impia, escandalosa, sediciosa, perniciosa, injuriosa á todos los obispos católicos*

*y á la santa Sede, llena de errores y del espíritu de cisma y fatora de la heregía*. Poco despues ordenó el Rey que el decreto del parlamento fuese considerado como nulo en lo que concernia á la impresión y distribución de la bula. Reprimió al mismo tiempo Luis XV otro estravío de los magistrados anulando el decreto por el que prohibian citar como ecuménicos el concilio de Florencia y el quinto de Letrán; como si tocase á los jueces seculares decidir de la ecumenidad de los concilios, ¡tal era el necio furor y ciega obstinación del partido!

69. A pesar de la vigilancia con que atendia Luis XV á invalidar todos los actos de la secta y á evitar los disturbios de su reino lleno de partidos, conocia empero la ineficacia de los medios puramente humanos, y la necesidad de recurrir al Dios de la verdad y de la paz para lograr su deseado objeto. Recurrió en efecto al Señor, y para asegurarse un apoyo firmísimo é incontrastable, imploró la protección de María Santísima, declarándola, como lo habian hecho sus predecesores, patrona de la Francia. „Siendo el primero y mas esencial de los deberes de un Soberano, dice el Rey en su decreto, hacer reinar en sus estados al Supremo Ser por quien reinan todos los Reyes de la tierra, jamás puede un Príncipe dar bastantes pruebas de su perfecta sumisión á la Divina Magestad; y habiendo recibido toda su autoridad de Dios, no debe contentarse con los homenajes que le rinde, sino que está obligado á excitar á sus súbditos á concurrir con él para manifestar la debida gratitud á los inmensos beneficios recibidos de la mano misericordiosa

del Señor. Lleno de estos sentimientos, nada he deseado tanto desde que subí al trono de mis Augustos predecesores, como mantener íntegros todos los estatutos de su piedad." Despues de este preliminar en que dá el Rey un testimonio de su religion y celo, recuerda y alaba los votos de sus dos inmediatos antecesores, Luis XIII y Luis XIV, que pusieron su reino bajo la proteccion de María Santísima, declarando en consecuencia renovados y en todo su vigor los decretos que dieron los mismos Soberanos á este fin. „Por tanto, prosigue, es nuestra voluntad que en la dominica precedente á la Asuncion de la Santísima Virgen, se renueve la declaracion de Luis XIII en la iglesia metropolitana de nuestra fiel ciudad de París y en las demás de su diócesis, y que en el dia de la Asuncion se haga una procesion solemne con toda la magnificencia y esplendor con que se celebran las mas insignes festividades: ordenamos asimismo que se repita igual funcion en todas las iglesias así catedrales como parroquiales, y de los monasterios de todas las ciudades, villas y lugares de nuestro reino, como mas particularmente se esplica en la citada declaracion, que queremos sea observada escrupulosamente."

Consiguiente á este decreto del Rey dirigido al arzobispo de París, publicó este prelado un edicto en que, despues de alabar el celo y religion del Príncipe, y de implorar á su favor las bendiciones del cielo y la poderosa intercesion de la Protectora de la Francia, concluye con este voto digno de un Príncipe de la Iglesia. „Quiera el cielo que nuestro Augusto Monarca recoja los frutos de su paternal solicitud dirigida á estinguir el

fuego de las divisiones y discordias que afligen el reino cristianísimo. Séale dado, bajo la proteccion de María, no solo ver como Ezequías reinar la páz y la verdad por todos los dias de su vida, sino tambien gozarse en la dulce y segura esperanza de trasmitir este doble tesoro á una larga série de descendientes, herederos de su gloria y de su poder." Estos decretos pertenecen al año 1738.

70. En el corto periodo de los dos años anteriores perdió el cristianismo tres grandes personajes, cuya memoria y virtudes eminentes, aunque de un carácter distinto entre sí, merecen el tributo de nuestras alabanzas. La primera de ellos fue María Clementina Sobieski, sobrina de Juan Sobieski, Rey de Polonia, terror de los cosacos y tártaros y libertador de Viena. Casada esta Princesa con Jacobo III, se ocupó sin cesar en cumplir escrupulosamente los deberes de esposa y de madre. En medio de Roma daba á los ojos del mundo entero el raro egeemplo de una muger perfecta: los egercicios de la piedad mas fervorosa y de la mas egeemplar edificacion llenaban todos los momentos que le quedaban libres: hallábasela todos los dias postrada al pie de los altares en las iglesias de Roma: su casa se asemejaba á las de las antiguas romanas Marcela, Melania, Blesina y Eustoquio: penitencias y ayunos, mortificaciones interiores y exteriores formaban todas sus delicias: consoladora de los afligidos é indigentes, derramaba con mano liberal todos sus tesoros en beneficio de ellos. Con este género de vida, no solamente se atrajo los respetos y admiracion de cuantos la observaron de cerca, sino que

tambien dejó en su muerte, acaecida á los treinta y dos años de su edad, el buen olor de santidad que se esparció inmediatamente en Roma y en toda Italia. Clemente XII habia resuelto visitarla antes que espirase, y darla su bendicion apostólica en el artículo de la muerte; mas las representaciones de los médicos que declaraban peligrosa la enfermedad que padecia la Princesa, impidieron al Santo Padre cumplir su deseo. Sin embargo, comisionó á su sobrino el cardenal Guadagni, quien pasó á dar la bendicion á la enferma, asegurándola al mismo tiempo que si Dios la llamaba á mejor vida se le harian los mismos honores fúnebres que se hicieron á la Reina Cristina de Suecia. Poco antes de espirar llamó María Clementina al Príncipe su esposo, y tomando con sus manos la cruz que llevaba al cuello, se la entregó diciéndole, que era ya pasado el tiempo para ella de llevarla. Levantó luego la mano sobre los dos Príncipes sus hijos, dióles su bendicion maternal, encomendó toda su familia á Dios, y resignada en la Divina voluntad murió la muerte de los justos.

Su cadáver quedó espuesto todo el día á la vista de un concurso numeroso atraido por la memoria de sus virtudes, y fue despues conducido en una carroza á la parroquia de los Santos Apóstoles acompañado de la misma y de veinticuatro palafreneros de su Santidad. Embalsamado despues y vestido con el hábito de Santa Clara, segun lo ordenó la Princesa antes de morir, se le puso en una capilla con guardias del Papa hasta que fue trasportado á la iglesia de San Pedro. Todos los cardenales asistieron á sus funerales, cuyo aparato fue de

los mas pomposos y magníficos, computándose sus gastos, que pagó el Pontífice, en veinticinco mil escudos. Al dia siguiente se presentó Jacobo III en el palacio del Vaticano para manifestar al Papa su reconocimiento y gratitud por los honores que habia mandado hacer á su difunta esposa. En Roma principiaron todos á hablar desde luego de la canonizacion de María Clementina; ¡tan grande y universal era la opinion de sus heroicas virtudes y de su santidad!

71. Poco despues de la muerte de esta Princesa, verdadera gloria del cristianismo, ocurrió la de un guerrero cristiano, que supo sostener con su brazo los intereses de la Iglesia y del imperio contra todo género de enemigos. Eugenio de Saboya, nacido en París en 1669, tuvo por padres á Mauricio Eugenio, conde de Soissons y sobrino de Carlos Manuel I, duque de Saboya, y á una de las siete sobrinas del célebre cardenal Mazzarino. Antes de cumplir los veinte años, entró el jóven Eugenio al servicio del Emperador Leopoldo. Hallábase entonces la capital del imperio sitiada por todas las fuerzas de la Puerta Otomana, queriendo los bárbaros vengar en aquella guerra la afrenta que padecieron en tiempo de Soliman cuando se vieron obligados á abandonar precipitadamente el mismo sitio y á procurar su salvacion con una vergonzosa fuga. Aprendió allí Eugenio el funesto arte de la guerra en la ilustre escuela de Juan Sobieski, de Carlos IV, duque de Lorena y del mismo Emperador Leopoldo; y marchando despues de batalla en batalla, vino en breve á darse á conocer por el soldado mas valeroso y capitán mas experimentado hasta

que llegó á obtener el mando en gefe de todas las armas del imperio. Promovido á este grado sublime, atrajo y fijó en su persona la admiracion de Europa y aun de todo el mundo, mientras que se hallaba en el centro de la Hungría cercado de innumerables tropas de rebeldes y mahometanos. La batalla de Zenta en 1697, aseguró á su nombre una gloria inmortal. Veinte mil enemigos muertos en la accion y diez mil mas sumergidos en el Tibisco, dieron al vencedor una celebridad igual á la de César y Pompeyo. En los catorce años siguientes despues de la memorable batalla de Zenta, no se ocuparon las armas de Eugenio mas que en combatir á los enemigos de la cruz y á los perseguidores del evangelio. La guerra de sucesion le llamó sucesivamente á la Alemania, á Flandes y á la Italia. Las batallas de Hochstet, Malplaquet, Lila, Tournay, Cassano y Torino le proporcionaron otros tantos triunfos, y diéronle ocasion de manifestar su admirable constancia y virtud; hasta que al cabo de otros catorce años que duró esta guerra fatal al cristianismo, se ajustaron las paces entre la Francia y el imperio, entre el Príncipe y el mariscal de Villars, en el tratado de Baden de 1714.

Entretanto el imperio Otomano que hubiera podido atacar muy á su salvo al de Alemania, detenido sin duda por la mano misericordiosa de la Providencia, esperó la conclusion de la paz general de las potencias cristianas para declararles de nuevo la guerra. Apoderáronse entonces sin ninguna dificultad de la Morea, que á fines del siglo precedente les habian quitado los venecianos, y quedó asignada á aquella república en la paz de

Carlowitz. El Emperador, como garante de aquella paz, se vió obligado á declararse contra los turcos; y el Príncipe Eugenio que les habia batido tantas veces, se puso de nuevo al frente de las armas del César. Pasa inmediatamente el Danubio, y cerca de Peterwaradin presenta batalla al gran-visir Alí, favorito del sultan Acmet III, y reporta la mas señalada victoria. Al año siguiente 1717, despues de la importantísima conquista de Temisvar, sitió á Belgrado, cuya guarnicion ascendia á quince mil hombres; pero de allí á poco vióse él mismo sitiado por un ejército innumerable de turcos que atacaron su campamento y le circunvalaron de trincheras. Dificil era sin duda la posicion de Eugenio, mas salió de ella, no como Leonidas muriendo víctima gloriosa en el campo del honor, sino derrotando á todos sus enemigos y apoderándose de Belgrado, y colmando su gloria con la paz de Pasarowitz, en la que hizo adjudicar al imperio cristiano las plazas conquistadas de Belgrado y Temisvar. Clemente XI, movido de la fama y brillantéz de sus victorias, envió al Príncipe, como al mas ilustrado defensor de la Iglesia, una espada de oro; pero Eugenio, ajustadas ya las paces, se dedicó enteramente á cultivar las virtudes evangélicas, y á prepararse para una buena muerte. En efecto, murió en Viena como Príncipe verdaderamente cristiano en 1736, á la edad de setenta y dos años. El Emperador mandó celebrar sus funerales con la magnificencia propia de un gran Soberano; y repartió mas de cuarenta mil florines para honrar con este acto de beneficencia la memoria de tan esclarecido héroe y los servicios que por espacio de

medio siglo hizo al imperio y á toda la cristiandad.

72. Si la pérdida de este ilustre guerrero contristó al imperio y á toda Europa, la Iglesia tuvo tambien que llorar de allí á poco la de un gran prelado no menos celoso que aquel Príncipe por la gloria y progresos del cristianismo. Claudio de Visdelou, obispo de Claudiópolis y vicario apostólico de la China, murió en Pondichéri, algunos meses despues que el Príncipe Eugenio, esto es, en 1737. Habia nacido á mediados del siglo anterior de una ilustre familia de Bretaña; abrazó desde muy jóven el estado religioso de la Compañía de Jesus, y por el espacio de treinta años que vistió el hábito de jesuita, ocupóse infatigablemente en el estudio de las ciencias y en el egercicio continuo de la oracion y demás virtudes de su estado. Elegido despues para formar parte de la mision que bajo la proteccion de Luis XIV envió su órden á la China, salió de Brest en Marzo de 1685 en compañía del caballero Chaumont, embajador del Rey de Francia en la córte de Siam, y el abate Choisy, secretario de la embajada, y al cabo de siete meses de navegacion desembarcó en Bamkoc. Empeñó desde allí la ruta de China, pero una furiosa y larga tempestad alteró todos sus proyectos y puso su vida en inminente peligro. La tripulacion, que se componia en su mayor parte de indios idólatras, se abandonó durante la borrasca á todos los escesos de su fanatismo y de la desesperacion; pero en el momento en que aparecieron mas embravecidas las olas y mas furiosos los vientos, y en que aterrorizados todos los marineros abandonaron sus puestos y entregaron el buque á la suerte, nuestro

jóven misionero, postrado sobre la cubierta, eleva su oracion á Dios, y aquel Señor á quien obedecen los mares y los vientos, serena la tempestad librando á su siervo y á toda la tripulacion de las puertas de la muerte. Habiendo aportado otra vez á las costas de Siam, atravesó el fervoroso jesuita la mayor parte de aquel reino para esperar en el puerto de Joudin los medios necesarios para llegar al término de su mision; y la Divina Providencia que no lo abandonaba, se los deparó en breve conforme á sus deseos conduciéndole felizmente á Macao.

Otra muestra del amoroso cuidado con que atendia el Señor á hacer prosperar el celo de su ministro, fue la felicidad y prontitud con que aprendió Visdelou el idioma chino, tan diferente de todas las lenguas europeas. La exactitud y perfeccion con que esplicó en breve los mas oscuros libros de los chinos, arrebató la admiracion de sus mismos preceptores y le hizo aparecer como un prodigio á los ojos de aquella orgullosa nacion. El mismo Iumtchim, heredero presuntivo del Emperador Kam-hi, dió de ello el testimonio mas singular diciendo públicamente: „Este hombre venido de Europa tiene una luz tan elevada y un conocimiento tan sublime de nuestros caractéres, que su elevacion escede á la altura que ocupan las nubes sobre nuestras cabezas, y es mas profunda su penetracion y conocimiento que lo pueda ser el abismo que está bajo nuestros pies.” Este testimonio pronunciado con todo el énfasis oriental, fue grabado por órden del mismo Príncipe; y llegó despues esta inscripcion á manos del gran Pontífice Benedicto XIV (1).

(1) *Norbert. tom. 3.*

En el largo periodo de veinte años que duró la misión de Visdelou en la China, hallábase el imperio dividido en tres partidos considerables; á saber: los idólatras, á cuya cabeza estaba el Emperador; los semicristianos, ó los que pretendian amalgamar la religion de Jesucristo con los cultos supersticiosos, y los verdaderos católicos unidos con sus pastores á la Cabeza de la Iglesia. En vista de una division tan peligrosa, esforzabase de continuo nuestro heróico misionero á combatir la supersticion de los primeros y los errores de los segundos, y á sostener y conservar en toda su pureza la fe de los últimos. Mientras que permaneció en la China monseñor de Tournon, tuvo en Visdelou un cooperador infatigable, que le sirvió repetidas veces aclarando las mayores dificultades que ocurrían en la gran cuestion de los ritos; porque dependiendo éstas en parte de la buena inteligencia de la lengua y caractéres chinos, nadie mejor que Visdelou podia aclararlas. No quiso dejar sin premio el cardenal tan grandes servicios; y habiendo recibido de Clemente XI la facultad de nombrar algunos obispos, solicitó repetidas veces al padre Visdelou para que aceptase el nombramiento que trataba de hacer á su favor; pero fue necesario añadir á los ruegos un precepto formal para vencer la humildad del misionero que temblaba al considerar la eminencia de la propuesta dignidad, y mientras que estaba luchando consigo mismo, recibió una carta del cardenal que lo declaraba vicario apostólico y administrador de muchas provincias de la China, y al cabo de un mes recibió otra con el nombramiento de obispo de Claudiópolis y patriarca de

Antioquia. Finalmente, de allí á un año pasó á Macao, donde fue consagrado por el mismo cardenal en la capilla de su prision.

Antes de la muerte de Tournon, trasfirióse el obispo de Claudiópolis á Pondicheri, donde permaneció veintiocho años, esto es, hasta 1737 en que murió, no habiendo podido volver á la China por la constante persecucion que padecieron en el imperio por todo este tiempo los cristianos. Lo restante de su vida, consumida en el ejercicio de su ministerio sobre las riberas del Indostan, no fue mas que una continuacion de las tareas apostólicas que habia practicado en las diferentes provincias del imperio. Jamás desmintió ni por un solo instante su carácter y sus virtudes, aunque se vió frecuentemente perseguido y calumniado por sus enemigos, que lo eran todos los partidarios del error; y la carta que en su defensa dirigió á Luis XIV, nos manifiesta su celo por la pureza de la fe, su prontitud en obedecer las órdenes de los Papas, su valor en defender los decretos pontificios y el espíritu de humildad y de pobreza en que vivia á pesar de su dignidad y en la que por fin murió (1). En efecto, su habitacion se asemejaba á la cueva de un anacoreta, donde no se veían otras alhajas que un crucifijo y un pedazo de estera que le servía de cama. Sus vestidos eran correspondientes á su manera de vivir, esprimiendo en todo la pobreza evangélica que hacia recordar los tiempos de la Iglesia naciente. En una palabra, su vida y su muerte fue un egemplar extraordinario de todas las virtudes evangélicas, y dió

(1) *Id. ibid.*